

La influencia del cristianismo en el mundo actual es una realidad patente. Aun sin tener raíces cristianas, en muchas partes de la Tierra consideran irrenunciables algunos principios humanos basados en una concepción cristiana del hombre y del mundo. Durante este año 2000 dedicaremos la sección de Reflexión a abordar desde diferentes perspectivas la influencia que ha tenido el cristianismo en la evolución y desarrollo de la sociedad contemporánea



Sun Dunstan. English Abbot and Archbishop of Canterbury at desk writing, 1100.

# 2000 años de cristianismo

Ricardo Peris

Más allá de la polémica sobre el cambio de milenio, es indudable que los ciudadanos del mundo –o, mejor, los del primer mundo– vivimos inmersos en una ola de optimismo. Traspasar el umbral del 2000 nos ha obligado a volver la vista atrás y sorprendernos sobre cuánto ha progresado la humanidad en este período. Un período que los historiadores bautizarán como era cristiana.

El cristianismo nació hace 2.000 años –no exactamente, pues los cálculos del abad Dionisio tienen un error de unos pocos años– con el propósito de iluminar al hombre en el camino hacia una plenitud deseada. La nueva religión, como sabemos, se expandió rápidamente enraizando en numerosos pueblos y culturas. Y aquí la pregunta: ¿se puede afirmar que el mensaje cristiano ha constituido un factor esencial en el progreso de la Humanidad, al menos para gran parte de los hombres y de la sociedad?

Aunque se admitan matices, y antes de buscar un fundamento, podemos adelantar que no cabe duda

de que así ha sido. El cristianismo ha sido una potente luz en la historia de estos 2.000 años, más allá de la mediocre o heroica respuesta de los cristianos de cada tiempo a las exigencias del mensaje de Jesús. Quienes han difundido a través de los siglos la concepción cristiana del hombre y del mundo, podemos decir que han influido –incluso decisivamente– a favor del progreso. No se trata de calibrar si la fe y la moral cristianas son más *progresistas* –en sentido propio– que otras religiones o creencias. Esta cuestión se puede reservar para otra ocasión. Se trata más bien de valorar en qué medida hay que tener en cuenta los ideales cristianos cuando miramos hacia adelante con el propósito de trabajar por el desarrollo de toda la humanidad, y no sólo precisamente del llamado primer mundo.

La influencia cristiana es una realidad patente en muchas partes de la Tierra que ha producido frutos que hoy se consideran irrenunciables, incluso en lugares todavía sin raíces propiamente cristianas.

**Ricardo Peris** es sacerdote, doctor en Derecho Canónico, y atiende la Capellanía del IESE.

Así, pues, ¿por qué decimos que el cristianismo favorece el desarrollo humano, entendiendo desarrollo, o progreso, en sentido global, no sólo espiritual ni sólo material? ¿Dónde reside esta capacidad de lo cristiano para no sólo acompañar el progreso del hombre, sino para impulsarlo decisivamente y, al mismo tiempo, defenderlo de ciertos abismos a los que a veces corre el riesgo de precipitarse?

La historia ha demostrado que cuando el hombre no respeta la naturaleza de las cosas, lo que parecía progreso se convierte en retroceso

Se podrían destacar muchas cosas, pero hay una consideración general que debe bastar para entenderlo. Se trata de la característica intrínseca, esencial en el cristianismo, de que Jesucristo sitúa a la conciencia humana ante una permanente exigencia de perfección, que consiste fundamentalmente en el afán de buscar la verdad y de poseer el bien. El cristianismo es por naturaleza inconformista, en especial con el propio hombre, porque le reconoce una rica capacidad para conocer lo que es verdadero y realizar lo que es bueno, y por parte de una estimación muy elevada de la dignidad humana.

El inconformismo cristiano no se dirige tanto hacia las cosas como al propio ser humano, a su compromiso racional consigo mismo y con los demás. La persona misma es el sujeto y el centro del acontecer histórico, de manera que se puede decir que el desarrollo armónico e integral de una sociedad comienza y termina en sus hombres y mujeres: por la consistencia de sus ideales y de sus convicciones; por la capacidad de exigencia personal de sí mismos; por su rectitud ética en la búsqueda del bien individual y del bien común; por su fidelidad a los compromisos libremente adquiridos; por el respeto a las relaciones de justicia... El cristianismo tiene lo más esencial, por tanto, para ser alma de una sociedad que pretende superarse constantemente.

Sin entrar en las consideraciones escatológicas que recuerdan al hombre la necesidad que tiene de salvarse (para esto, en definitiva, nació Jesucristo), deberíamos reivindicar con más empeño el papel que para el progreso del mundo tiene la conciencia cristiana. La Iglesia fundada por Jesucristo ha sido la abanderada en la misión de despertar las conciencias de los cristianos y de todos los hombres que escuchan su voz con buena voluntad.

De la concepción que se tenga del hombre y del mundo, e incluso del más allá, depende que la humanidad avance en la dirección adecuada

La Iglesia proclama la exigencia moral de conocer y hacer el bien, y esto es algo indispensable para la tarea del pensamiento y de la ciencia, puesto que las ideas y los avances científicos tie-

nen su razón de ser en servir al hombre en cuanto hombre.

Buscar lo verdadero y lo bueno para el hombre –en un experimento, en un trabajo o en un negocio, o al escribir un libro– es necesario, y requiere esfuerzo. Quizás es un camino que a veces pueda parecer más lento que el camino del mero pragmatismo, pero tiene la garantía de que no es un camino torcido. La mentira, el engaño, la precipitación, son lo que a la postre más retrasan el desarrollo de la sociedad. Lo más frustrante.

Por desgracia, así se ha visto muchas veces en la historia, cuando lo que a primera vista parecía progreso ha terminado en subdesarrollo o destrucción. Pensemos en los comienzos de la revolución industrial, que no tuvo en cuenta la dignidad humana en el trabajo; en la transformación y manipulación de los recursos naturales, que no han reflexionado sobre el fin del medio ambiental; en la aplicación de un experimento o de una tecnología determinada al servicio de la guerra; en los sistemas socio-políticos que por un pretendido progresismo quisieron eliminar la dimensión religiosa de las conciencias y de la vida social; en las consecuencias de una mentalidad de desarrollo materialista, sólo materialista, en que la persona es valorada más por lo que tiene que por lo que es, etc.

Por desgracia, no siempre se ha tenido en cuenta que el progreso no consiste, sin más, en mejorar nuestra condición en el tiempo. No hay techo en el progreso humano, es verdad, porque siempre podemos y debemos mirar hacia lo alto, que es la única dirección, efectivamente, por donde no hay límites. El camino natural que hace progresar al hombre es el camino que se proyecta hacia la verdad, el bien máximo, la belleza. Es el camino del cristianismo durante 2.000 años.

Mirando al futuro conviene que reflexionemos en que el éxito y el progreso de una sociedad no llegan con el mero pasar del tiempo que va acumulando saberes teóricos y prácticos. Debemos admitir que de la concepción que se tenga del hombre y del mundo, e incluso del más allá, depende que se avance en la dirección adecuada. Si se avanza, pero el final de la etapa no es satisfactorio, hay que volver atrás y volver a empezar. Es lo más racional y lógico. ¿No hay que reconocer que algunas etapas o logros de la humanidad no nos dejan satisfechos? 2.000 años de Cristianismo quizá nos den suficientes datos para darnos cuenta de que conviene mirar más a una religión que, en definitiva, está al servicio del bien del hombre y de la sociedad.

